

La biblioteca de Cándido Munafò

Emilio Pascual*

CÁNDIDO O UN SUEÑO SICILIANO

PRIMERA EDICIÓN: 1979



Leonardo Sciascia
(1921-1989)

Si el Cándido nacido en un casti-
llo de Westfalia, y probable so-
brino del barón Thunder-ten-
tronck, fue llamado así por su sencillez,
a Cándido Munafò el nombre le sobre-
vino «de una manera automática, casi
surrealista». Había nacido «en una gruta,
que se abría, vasta y profunda, al pie
de una colina cubierta de olivos, duran-
te la noche del 9 al 10 de julio de 1943».
Nieta de un general fascista, parecía
destinado a llamarse Bruno, como el hi-
jo de Mussolini, y ese habría sido su
nombre de haber nacido solo doce horas
antes del bombardeo de la ciudad. Pero
nació después del primer y terrible bom-
bardeo, y la historia parecía haber cam-
biado repentinamente de signo. Y no es
que sus padres conocieran siquiera «la
existencia de un libro que llevaba por tí-
tulo ese nombre», pero el nombre de
Cándido pareció surgir «como una pági-
na en blanco... Sobre esa página, borra-
do el fascismo, era imprescindible com-
enzar a escribir una vida nueva».

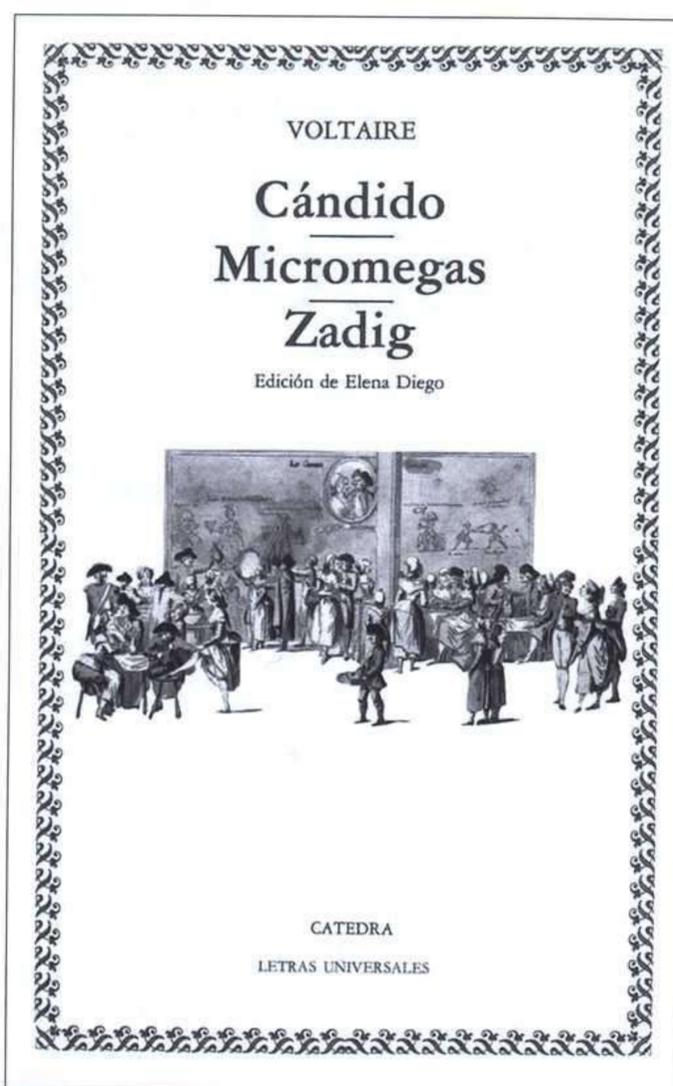
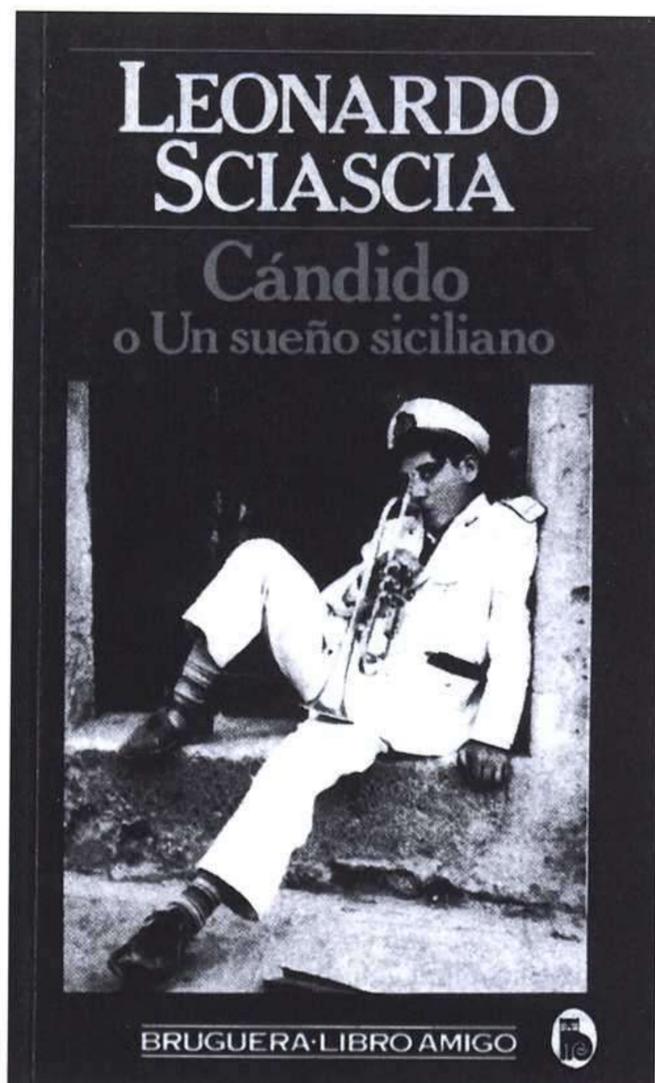
La vida de Cándido Munafò empezó a
derivar de modo imprevisto cuando su
padre advirtió en él una semejanza im-
posible: su parecido con el capitán nor-
teamericano John Hamlet Dykes, *Amle-*
to para su madre. Era algo irracional,

pues el capitán Hamlet, o *Amleto*, no ha-
bía surgido en su vida hasta después del
bombardeo y, en consecuencia, *después*
de su nacimiento. Pero era un hecho in-
contestable. ¹ También acabaría siendo
un hecho la anulación del matrimonio de
sus padres y la huida de su madre al es-
tado de Montana con el capitán Hamlet,
o *Amleto*.

Dividido entre Hamlet y Candide, ha-
bríase dicho objeto de una rara predesti-
nación. Huérfano al fin, su abuelo —re-
convertido ya en demócrata-cristiano ²—,
encomendó su educación a los cuidados
de un preceptor, el arcipreste don Anto-
nio Lepanto. El agudo carácter observa-
dor del niño lo abrió a otros mundos y
otros libros.

Años de educación intelectual y sentimental

Y así, antes de leer a Freud, supo que
«todos los niños matan a su padre y al-
gunos, a veces, también al Padre Nues-
tro que está en los cielos». Porque es de
saber que Cándido resolvía los deberes
con insólita celeridad y sin apenas co-
meter errores, de modo que las clases teó-
ricas se reducían en tiempo y daban an-



Retrato de Voltaire, el autor del primer Cándido.

cho y espacioso campo para conversaciones *de omni re scibili* entre maestro y discípulo.

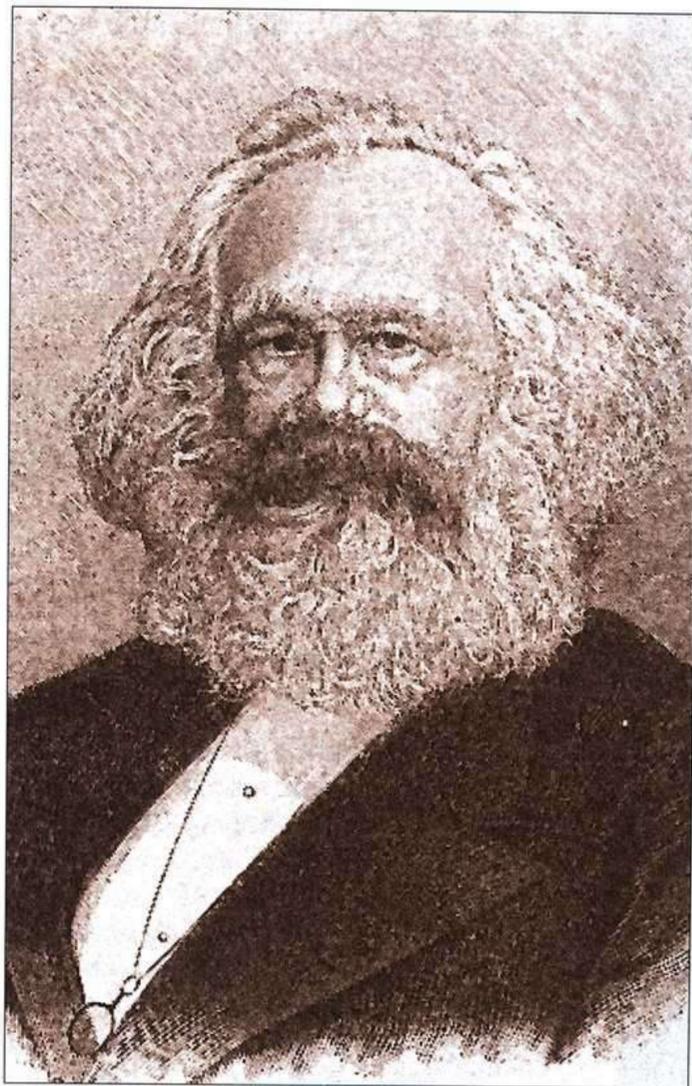
Sabemos que don Antonio le dio a conocer el *Diccionario filosófico* de Voltaire; sabemos que le habló del sendero de fuego, idéntico o paralelo, que lleva de las *Cartas de san Pablo* a *De l'amour* de Stendhal; pero no guardamos noticia de cuándo Cándido Munafò leyó el *Candide* de Voltaire. Solo sabemos que una tarde, «mientras leía a Marx, vio sobre una de las páginas un par de ojos gris azulados, un mechón de cabellos rubios, la forma de una boca, la línea del seno que se curvaba en los costados». «El amor es sencillo», había replicado Cándido ante las tortuosas disquisiciones del arcipreste. Y así, aquella tarde, cerró el libro, fue a verificar si la imagen que se le había aparecido en una página de Marx correspondía a la de Paola, y cuando a ella se le escapó un pañuelo de la mano, se reprodujo la misma escena de

Voltaire: «*Candide* lo recogió; ella le cogió la mano con sencillez, y el joven le besó la suya con viveza, sensibilidad y gracia; uniéronse sus labios, se les inflamaron los ojos, temblaron las rodillas y se les desviaron las manos». El historiador no cita que se trata del capítulo primero de Voltaire, pero determina que «a diferencia de su homónimo, cuyas aventuras y desventuras habían salido de la imprenta de Lambert exactamente dos siglos antes, Cándido obtuvo en ese día un largo, pleno y sereno goce».

«Cándido, pues, leía a Marx. Primero había leído a Gramsci y después a Lenin; ahora leía los textos de Marx. Con estos se aburría, pero de todas maneras se obstinaba en su lectura. Los libros de Gramsci, en cambio, los había leído con gran interés; y también invadido por la emoción que le producía el imaginar a aquel hombrecillo endeble y enfermo, que devoraba libros y anotaba sus reflexiones: y así había logrado vencer al fas-

cismo y a la cárcel en que lo habían encerrado». Cándido se hizo comunista.

Después de aquellas confusas páginas de Marx, volvió a leer el *Manifiesto del partido comunista*. Y esta vez le sobrecogió el hecho de haberlo entendido demasiado bien. Recordó un episodio no lejano de su niñez: aquel en que, tras la lectura de Maquiavelo, que vaticinaba la desaparición de las armas de fuego en beneficio de una vuelta a las armas blancas, se preguntó con seriedad por el coeficiente intelectual de Maquiavelo, a juzgar por su clarividencia. Pues bien, todo aquello que Marx decía sobre el futuro del capital y del capitalismo «le parecía de la misma ley que la previsión de Maquiavelo sobre la vuelta al uso de las armas blancas». De modo que, ante el aparente cataclismo que había conmovido la vida del arcipreste don Antonio Lepanto, a saber, su secularización y conversión al comunismo, a Cándido «le asaltaba la impresión de que don Anto-



La lectura de las obras de Marx (izquierda) aburrió a Cándido. En cambio, leyó con gran interés a Gramsci (arriba). En su niñez precoz, también se asomó a los libros de Maquiavelo (derecha).



«nio estaba tratando de pasarse de una Iglesia a otra». Llegó a la conclusión de que, «comparados con Lenin y Marx, Victor Hugo, Zola e incluso Gorki eran mejores». Y a otra más: que, «de haber leído solo a Marx y a Lenin, no se habría hecho comunista».

Cándido había leído *Los novios*, por supuesto. También a Molière, a Tolstói y a Dostoievski. Un juego intertextual con el nombre de un personaje de «*La aldea de Stepanchikovo y sus habitantes*, novela humorística, 1859», le confirmó el poco sentido del humor que tenía el partido. La huida de Paola, y la repetición del episodio de los candelabros de Hugo, le hizo reflexionar a don Antonio sobre la falsedad de las cosas verdaderas. «Aquí tengo a monseñor Myriel —reflexionaba—, a Jean Valjean: esto es un capítulo de *Los miserables*. ¿O será que nuestra vida es solo aquello que ya ha sido escrito...? Creemos vivir, creemos ser personas reales, y no somos otra co-

sa que la proyección, la sombra de las cosas que ya han sido escritas». También Cándido fue hojeando en el recuerdo las páginas leídas no hacía tanto tiempo, y acaso se preguntó si, al fin y al cabo, no andaba más acertado Platón con sus imaginativas sombras que las visiones de don Carlos y don Vladimiro juntos.

Viajó. No sabemos si porque recordaba la frase del *Licenciado Vidriera*, «las lenguas peregrinaciones hacen a los hombres discretos», o solo por comprobar que la tierra es redonda y las ideas circulares. Don Antonio, que seguía derivando hacia la izquierda, le dijo en cierta ocasión: «Salirse del partido para decantarse más hacia la izquierda es una mera, infinita y circular locura: vuelta a encontrarte en las filas de la derecha, sin darte cuenta casi».

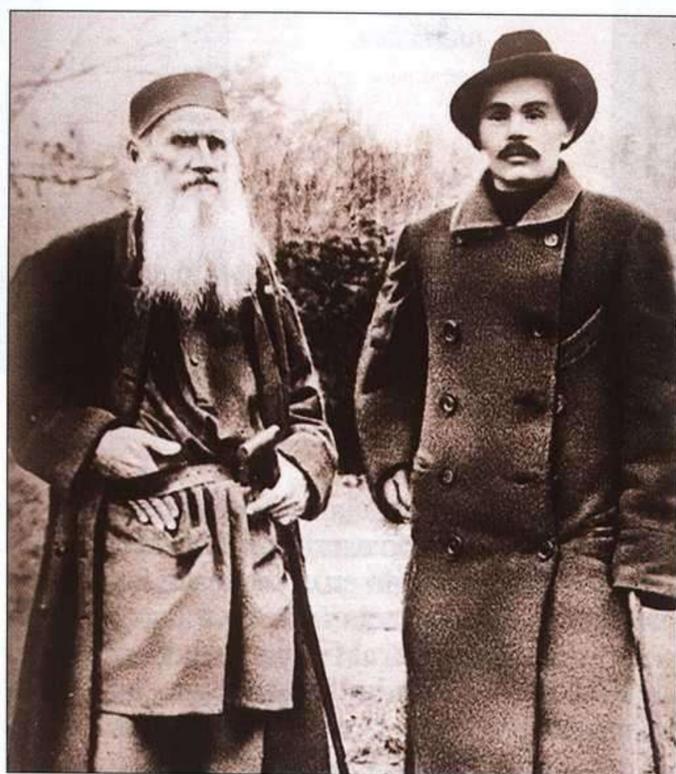
Se aposentó en París con su prima Francesca. Tal vez entonces leyeron a Hemingway, a Fitzgerald y a los americanos de los veinte: al uno por compro-

bar si *París era una fiesta*; a los otros, quizá para verificar la exaltación con que los leyó don Antonio en los años del fascismo. Ahora, Cándido y Francesca los habían leído «distraídamente y hasta con cierto aburrimiento».

En París oyó traducir a Francesca *Un sueño en Mantua*, de Yves Bonnefoy, y pensó si su vida sería algo más que un sueño siciliano. En París, ante la estatua de Voltaire, que no sin sarcástica ironía había concedido a su *Candide* el subtítulo de «el optimismo», Cándido Munafò se resignó a ser un «sueño siciliano», donde debía haberse rotulado «escepticismo».

Cándido conoce al despectivo Senador Procurante

Del *Cándido* volteriano, su historiador³ intentó hacernos creer que toda su vida transcurrió bajo el signo de Leibniz y su



Arriba, a la izquierda, Molière.
Al lado, Lenin.
Abajo, foto de Tolstoi (izquierda)
y Gorki.
Abajo, a la izquierda, Scott
Fitzgerald.

emblema protector: el de que «vivimos en el mejor de los mundos posibles». En su viaje circular, Cándido conoció a un noble veneciano, el despreocupado senador Pococurante, el cual poseía una galería de arte primorosa, de la que dijo con desdén: «Tengo muchos cuadros, pero ya no los miro». Su imponente biblioteca, de valor paralelo al de la galería, asombró a Cándido, lo mismo que los juicios de su dueño.

Cándido vio allí «un Homero magníficamente encuadernado», que a su dueño le causaba «el más mortal aburrimien-

to»; un Virgilio, del que solo salvaba los libros cuarto y sexto de la *Eneida*; un Horacio, del que rescató con dificultad algunas máximas, y un Cicerón, del que dijo: «Cuando vi que de todo dudaba, concluí que yo sabía tanto como él, y que para ser ignorante no necesitaba a nadie». Cándido vio «ochenta volúmenes de una Academia de Ciencias», pero su dueño no halló en ellos «más que sistemas vanos y ni una cosa útil»; de las tres mil obras de teatro en italiano, español y francés, no estimaba «ni tres docenas buenas»; por supuesto, jamás abría

los sermonarios y volúmenes de teología. «Ni yo, ni nadie», añadió.

Ante unas «estanterías cargadas de libros ingleses», Cándido alabó la libertad con que fueron escritos, pero el senador puntualizó que le «contentaría la libertad que inspira a los genios ingleses, si la pasión y el espíritu partidista no corrompieran todo lo que esa libertad tiene de estimable». A Milton lo llamó «bárbaro», y al *Paraíso perdido*, «poema oscuro, raro y asqueroso». ⁴ Tal vez Borges podría haberle dedicado un cuarteto que reservó a Gracián:

«No lo movió la antigua voz de Homero
ni esa, de plata y luna, de Virgilio;
no vio al fatal Edipo en el exilio
ni a Cristo que se muere en un madero.»

Cándido vio la biblioteca y oyó afligido el largo comentario destructor, mientras se decía entre dientes: «¡Qué hombre superior, qué gran genio! ¡Nada le gusta!».

Genialidad que comparte algún crítico malencarado con el noble Pococurante, despectivo y despreocupado senador. ■

*Emilio Pascual es escritor y editor.

Notas

1. Su padre, el abogado Munafò, llegó a razonar de este modo: «Si María, la madre de Jesús, había concebido por obra del Espíritu Santo, ¿por qué Maria Grazia, su mujer, no podía haber concebido por obra del Espíritu Americano?»
2. Aunque no había renunciado a ciertas reliquias del pasado. Así, en su dormitorio guardaba aún «banderines de forma triangular, de seda tornasolada, negros por una de las caras y tricolores por la otra, orladas con franjas de oro, medallas, fotografías con dedicatorias de Mussolini, de Badoglio, del generalísimo Franco (cuando el general decía “el generalísimo”, Cándido tenía la impresión de que sobre las primeras sílabas aplastaba un bombón de licor y sobre las siguientes lo saboreaba)».
3. Como todo el mundo sabe, *Cándido o el optimismo* es una historia del Dr. Ralph, que fue traducida del alemán y editada por Voltaire. Incluyó las «adiciones que se encontraron en el bolsillo del doctor, cuando murió en Minden, el año de gracia de 1759».
4. Del conde de Cheste, traductor de la *Divina Comedia*, dijo Salvador María Granés que su última hazaña había sido «ejecutar a Dante». El senador Pococurante, tras apodar a Milton «bárbaro» y «grosero imitador de los griegos», tampoco le perdonaba la proeza de haber «estropeado el infierno y el diablo del Tasso». El lector curioso encontrará en el capítulo XXV toda la batería del discurso.